

“Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.”(Juan 15, 18-21)

La liturgia nos presenta los últimos capítulos del evangelio de San Juan, en los que el discípulo recuerda cómo el maestro les fue preparando para su inminente partida. No todo sería de rosas y la resurrección no significaría el final de las penurias para quienes había optado por seguirle.

Jesús recuerda a sus discípulos que serán perseguidos en su nombre. Que correrán la misma suerte que él. Algunos guardarán sus palabras pero “el mundo” les odiará. Estas advertencias se cumplirán en los primeros discípulos y en todos aquellos que a lo largo de la historia han optado por seguirle.

¿Qué sentido tiene entonces la resurrección si el mal continúa campando a sus anchas, si las palabras del maestro en boca de sus seguidores continuarán siendo rechazadas, si la adhesión a Jesús y su mensaje se pagará con persecuciones y odio?

Estamos ante el misterio de una salvación que, habiendo sido consumada, debe recorrer su camino pascual, incluyendo el viacrucis, en todos aquellos que opten por vivir en clave de evangelio. Pero no todo será igual, no. La resurrección se convierte en la piedra fundamental, en la clave que llena de sentido toda contradicción.

Esta certeza, sin embargo, no despeja el misterio del dolor, al tiempo que nos identifica con el maestro. A partir de la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, todo proceso de muerte está preñado de vida. Y esa diferencia no es menor. Es radical, esencial para nuestro credo.

Al mismo tiempo debemos recordar que en esta dinámica de identificación del discípulo con el misterio pascual se entremezclan nuestras debilidades personales. En más de una ocasión podemos vernos envueltos en persecuciones y odios que no son frutos del seguimiento de Jesús, sino más bien cosecha de nuestras inconsistencias, tanto personales como sociales. Estos dolores son evitables. Hay mucho dolor y mucha persecución que deberíamos sortear.

Una falsa espiritualidad del seguimiento podría confundir la persecución y hasta el odio que genera el seguimiento de Jesús con los procesos negativos frutos de nuestras pobreza.



Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL